
Antonio Pampliega

En la oscuridad

Diez meses secuestrado
por Al Qaeda en Siria

En la oscuridad
Antonio Pampliega

Diez meses secuestrado
por Al Qaeda en Siria

ediciones península

© Antonio Pampliega Rodríguez, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Avda. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
ROMANYÀ-VALLS - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-6.967-2017
ISBN: 978-84-9942-609-9

ÍNDICE

1. El secuestro	15
2. El agujero	59
3. El maestro de ajedrez	83
4. En la oscuridad	127
5. Wail	175
Epílogo. 299 días, por Cristina Sánchez	231
Agradecimientos	235

EL SECUESTRO

Miro el reloj. Se ha parado. Me incorporo sobre el colchón, aún adormilado. No tengo muy claro si se ha detenido de súbito o si lo estoy mirando mal. No hay duda: se ha parado. Golpeo la esfera y consigo que el segundero se mueva un poquito antes de volver a detenerse. Trato de darle cuerda, pero me quedo con la rueda entre los dedos.

—Se me ha parado el reloj —digo en voz alta sin mirar a nadie en concreto.

—Se le habrá acabado la pila —responde Ángel.

—Imposible. La cambié semanas antes de venir.

—Se habrá caído al suelo y golpeado —insiste buscando una explicación lógica.

—No. Estaba sobre la ropa. En el mismo sitio donde lo dejé anoche antes de irnos a dormir —arguyo.

Mi otro compañero, un fotógrafo leonés con el que trabajo desde hace más de tres años, me mira sin decir nada. ¿Miedo o incredulidad? Quizá simplemente piense que estoy completamente loco por darle importancia a algo tan nimio. Se levanta del camastro para desperezarse. No me presta mucha atención...

Continúo con el reloj en las manos. Lo miro con desconfianza. ¿Será una señal? Soy muy supersticioso. Siempre tra-

bajo con el mismo reloj y con el mismo número de pulseras en la mano derecha, colocadas en el mismo orden. Esta señal, o lo que sea, me inquieta y me desestabiliza. Mi primer impulso es guardar el reloj en el interior de mi mochila, en el lugar más hondo, para olvidarme del asunto. Pero siento que me falta algo, así que me lo vuelvo a poner en la muñeca como si nada hubiese pasado.

—¿Todo listo? —pregunta el joven sirio de pantalones de camuflaje que nos ha refugiado durante una noche en su casa, antes de cruzar la frontera.

—Sí —afirmo mientras me echo la mochila con las cámaras y el ordenador al hombro.

—¿Sois muyahidines? —pregunta mientras se atusa su bigote rubio.

—No —respondo con una sonrisa en los labios.

—¿De Al Qaeda? —insiste.

—Tampoco.

Nos mira con curiosidad. Enarca las cejas y achina los ojos intentando vislumbrar nuestras caras. No sabe quiénes somos ni por qué queremos entrar en un país del que la mayoría intenta escapar.

—Entonces ¿quiénes sois? —dice volviendo a la carga.

—Somos periodistas —contesto con sequedad.

—¡Periodistas! ¡Son periodistas! ¡Periodistas! —reitera con tono socarrón.

A este sirio, huido de la guerra que asola su país, le parece divertido, alocado o estúpido que tres occidentales quieran entrar en un lugar al que él no regresaría. ¿Nos tomará por imbéciles? ¿Por locos? ¿Por mentirosos? Se recuesta sobre su asiento y no vuelve a dirigirnos la palabra durante el resto del trayecto. Tanto mejor. La verdad es que no tenemos nada más que decirnos. Seguramente no le importa lo más mínimo que nos motiva a entrar en su país. Y si le interesara, ¿cómo explicarle el porqué de nuestro viaje?

En estos momentos, ni siquiera yo mismo soy capaz de explicar qué hago en la parte trasera de esta furgoneta en compañía de dos sirios que se ganan la vida como contrabandistas de mercancías entre Turquía y Siria.

Este es mi duodécimo viaje a Siria en los últimos tres años y medio. Sé que al mundo le da exactamente igual lo que ocurra en este país árabe. He contado los horrores de una de las peores guerras del siglo XXI, por no decir la peor de todas. Un conflicto que se recrudece con el tiempo. Sé que viajo a un lugar del que todo el mundo huye, pero aún quiero contar lo que aquí sucede para intentar que alguien empatice con el sufrimiento de este pueblo.

—Usama os espera justo al otro lado de la frontera —recalca, sin dejar de mirarnos y sin salir de su asombro.

El nombre de Usama me tranquiliza. Poco, pero algo me tranquiliza. Nunca lo he visto en persona, pero hace tiempo que trato con él por medio de las redes sociales para preparar este viaje. Es profesor de inglés. Entró en mi vida a través de una periodista con la que había trabajado en unos campos de refugiados y por recomendación de un miembro de los Cascos Blancos de Aleppo. Mi intención es terminar un reportaje sobre este grupo que dejé a medias en mayo de 2014. Él nos ofrece acceso total y excelentes contactos. Se muestra dispuesto a ayudarnos e implicado en la causa siria. Parece leal. Y en un lugar como Siria, la lealtad es fundamental para sobrevivir.

—*Yallah!* («¡Vamos!»), en árabe) —afirma sonriendo.

Es una sonrisa perturbadora. Inquietante. Suspiro. Es el 11 de julio de 2015. Ha llegado el momento. Vuelvo a Siria una vez más. Y mi reloj se acaba de parar.

LA FRONTERA

El sol muerde mi piel con rabia. No deben ser más de las seis de la mañana. Viajamos en la parte trasera de un tractor, conducido por un viejo agricultor. Traquetea despacio entre las huertas de hortalizas y los árboles frutales. Mantengo la cabeza agachada para no llamar la atención de los soldados turcos que otean el horizonte desde sus atalayas de hierro. A lo largo de las colinas cercanas, semiocultas por el espesor de los pinos, se pueden ver varias de estas garitas de vigilancia. Esas torres metálicas son el último escollo para entrar en Siria. Las observo sin tener muy claro que podamos salvarlas sin ser detenidos o recibir un balazo.

Desde marzo de 2015, las fronteras entre Siria y Turquía están cerradas a cal y canto. Solo hay una forma de cruzar: ilegalmente. Eso significa correr con la esperanza de que no te pillen, no te disparen y no pises una mina antipersona. No es la primera vez que hago esto. La última fue en febrero, hace apenas cinco meses, para entrar a la ciudad de Kobane. En esta ocasión las sensaciones son totalmente diferentes. No tengo un buen presentimiento.

Unos muchachos aparecen desde detrás de unos árboles.

—¿De verdad nos van a cruzar unos niños? —me pregunto a mí mismo en voz alta mirando anonadado a cuatro críos que tenemos plantados delante de nosotros. El mayor no debe tener más de quince y el pequeño no creo que haya cumplido aún los diez.

—Sí —responde el joven del bigotillo fino y los pantalones de camuflaje.

—¡Vamos, no me jodas! —le espeto.

Los chiquillos esperan a que nos decidamos. Están seguros de sí mismos. Nosotros vemos el percal con desconfianza. Vamos a poner nuestras vidas en manos de cuatro adolescentes imberbes.

Tratamos de contactar con Usama por teléfono. No obtenemos respuesta. Una retahíla de preguntas y de dudas me asaltan.

Nos echamos las mochilas al hombro y comenzamos la ascensión por una de las colinas. La maleza y los árboles juegan a nuestro favor. Nos ocultan. Aun así debemos permanecer en absoluto silencio, tal y como nos han insistido los muchachos.

No me lo puedo creer. Aquí estoy. Sudando a chorros. Subiendo una montaña camino de Siria junto a mis dos compañeros. Guiados por cuatro niños. Una locura. Increíble pero cierto.

En mitad de la ascensión, hacemos un pequeño alto. Trato de recuperar el aliento. Tengo el polo empapado. El sudor me resbala por el rostro. Me echo hacia delante y apoyo mis manos en las rodillas. Me duele hasta el alma. Mi mochila pesa cerca de veinte kilos y mi forma física no es la mejor. El sobrepeso no es lo más indicado para este tipo de aventuras. Toso. Trato de tragar saliva. Imposible. Estoy entrando en un país blindado y apenas puedo dar cuatro pasos más. Maldigo el exceso de comida basura, calorías y grasas saturadas que he consumido durante mis treinta y tres años.

—¡Por favor, silencio! —me reprende el mayor de los muchachos.

Es habitual que la gendarmería turca peine estas lomas para evitar la entrada de combatientes extranjeros, impedir el flujo de refugiados o cortar las rutas de contrabando de armas o mercancías al interior de Siria.

—*Yallah, yallah!* —ordena el chiquillo.

El muchacho agarra mi mochila. Se la quito de las manos. Por amor propio y orgullo. Los chiquillos, incansables, cuchichean divertidos observando al orondo occidental.

—¡Eso es Siria! —comenta uno de ellos señalando hacia unos enormes pinos situados frente a nosotros, justo al otro lado de un estrecho sendero.

Alzo la cabeza por encima de los matorrales tras los que nos escondemos y veo la minúscula carretera que separa los

dos países. En el suelo, una endeble valla de alambre de espino vencida y pisoteada por miles de personas. Una vía de entrada y salida. A mi derecha, a aproximadamente ciento cincuenta metros, una torre de vigilancia. Es imposible que los guardias allí apostados no vean el flujo de gente que debe cruzar por aquí de manera habitual. ¿Miran a otro lado? ¿Duermen? ¿Les ordenan que hagan la vista gorda? Ni idea. Lo que está claro es que esta pequeña abertura, en una frontera blindada, es uno de los agujeros negros del Gobierno turco en su estrategia para aislar Turquía de su incómodo vecino del sur.

Si nosotros somos capaces de ver a los guardias de la atalaya, ellos nos tienen que ver a nosotros. Si nosotros vamos a cruzar por ahí, por ese lugar por donde estos críos entran y salen como Pedro por su casa, los turcos deben tener conocimiento de la existencia de este paso. Es más, si cruzan refugiados y periodistas, a buen seguro también muyahidines, yihadistas y demás escoria de la que viene a Siria a matar en nombre de Alá. Conclusión: o a los turcos les da absolutamente igual, o alguien hace negocio y se gana un importante sobresueldo permitiendo la entrada y salida de personas y mercancías. Peligrosa estrategia, sobre todo si has pactado con el mismísimo diablo y quienes entran por allí son los tarados de sus acólitos.

—Vamos a cruzar de uno en uno —explica el mayor de los cuatro muchachos—. Corred lo más deprisa que podáis. Si aparecen los gendarmes, corred hacia la valla, porque, una vez que entréis en Siria, ellos no os podrán hacer absolutamente nada. Y si os disparan, ¡corred, corred, corred! Por lo que más queráis, ¡no os paréis! —suplica.

El muchacho clava sus ojos en los míos esperando una respuesta o una señal de que hemos comprendido sus explicaciones. Asiento con la cabeza. Claro que contemplo la posibilidad de que los turcos abran fuego, pero eso no me detiene. En los últimos años he estado a punto de perder la vida en varias ocasiones en distintas coberturas. Asumo los riesgos. De hecho,

si fuera un gato, empezaría a preocuparme por todas las vidas que he dejado ya en el camino.

El joven mira en derredor y sale corriendo como un gamo. Cruza la diminuta carretera como alma que lleva el diablo. Salta por encima de la valla y se pierde al otro lado. Nosotros nos miramos. Sale uno, luego otro y por último yo. Me gusta ser el último. Siempre lo he hecho así por superstición y siempre me ha ido bien. Aunque sé que es más fácil que un francotirador perezoso acierte a dar matarile al último que al primero; que tiene más posibilidades de ser detenido el último que el primero. Estadística pura.

El camino se pierde ladera abajo. El corazón se me sale por la boca. No solo por los trescientos metros escasos de carrera, sino por el miedo, la emoción, la adrenalina del momento y la tensión acumulada.

Me detengo a descansar y a recuperar el aliento durante un segundo. Estoy en Siria una vez más, la número 12 en los últimos cuatro años. He estado más veces que cualquier otro periodista del mundo y eso, en parte, me enorgullece. Me levanto, limpio el sudor que me resbala desde la frente hasta la comisura de la boca y sigo descendiendo por el camino entre matorrales e inmensos pinos centenarios.

En medio de la senda encuentro una maleta descuajeringada. La ropa, desperdigada, sucia, hecha jirones. Ropa de hombre, de mujer, de niño... Alguna familia siria ha perdido lo poco que tenía en su huida. Alguien ha preferido dejar todo esto aquí, en el suelo. Ha priorizado salir con vida del infierno, aunque sea con las manos vacías. ¿Dónde estarán los dueños ahora? ¿En Turquía? ¿Camino de Europa en algún endeble barco? Dejo atrás las miserias de una guerra que se ha cebado con los civiles, con los más débiles, para continuar descendiendo.

Uno de los muchachos decide *motu proprio* cargar con mi mochila para tratar de aligerar la marcha. Esta vez no me resisto. Dejé el orgullo junto a mi aliento al otro lado de la valla.

Continuamos en fila india por el pedregoso y polvoriento camino hasta desembocar en un huerto de árboles frutales desde donde podemos intuir el minarete de una mezquita cercana.

—¿Y Usama? —pregunto mientras busco a nuestro contacto entre árboles de granadas.

El joven se encoge de hombros y balbucea unas palabras que no llego a comprender. Repite el nombre. El resto de los chavales imita el gesto. Sin noticias de Usama en un viaje eserpéntico hacia ninguna parte.

Los muchachos solo aciertan a sonreír ante nuestras caras de preocupación. Parecen tomarse la situación a la ligera, casi en broma. A nosotros no nos hace ninguna gracia estar solos y sin hablar el idioma en uno de los países más peligrosos para la prensa. Un lugar donde los cortadores de cabezas pierden el culo por toparse con un occidental. Cualquiera, con una sencilla llamada telefónica, puede avisar y vendernos. Usama nos había jurado que estaría al otro lado de la frontera para recogernos y que él se encargaría de todo. Pero aquí no está.

—¡Escribe al puto Usama y pregúntale dónde coño se ha metido! —grito de muy malas maneras a mi compañero, quien, móvil en mano, manda un mensaje a nuestro contacto.

Solos en mitad de la nada, oyendo una legión de chicharras que rugen a rabiarse por el intenso calor. Pienso: «¡Menudo hijo de puta! ¿Qué tipo de inconsciente deja tirados a tres blanquitos en Siria?». Estoy preocupado, nervioso. ¿Dónde se habrá metido?

—¡Está de camino! —responde—. Llegará en unas cuatro o cinco horas. Desde Alepo, tiene que dar un rodeo para evitar los puestos de control del régimen. Pero dice que estemos tranquilos.

—Está de coña, ¿no? ¿Qué pretende? ¿Que nos quedemos aquí de pie hasta que le salga de los cojones aparecer? —digo en voz bien alta. Mi compañero no sabe qué responderme. Me cago en su putísima madre.

—Dice que un amigo suyo está de camino —me interrumpe—. Él viene después con otros que nos harán de escolta hasta Aleppo. Dice que se retrasa porque ha tenido que conseguir un salvoconducto de Ahrar al-Sham para poder cruzar por los *checkpoints* del Frente Al-Nusra —hoy Frente Fateh al-Sham, entonces filial de Al Qaeda en Siria— sin problemas. Asegura que estamos en buenas manos y que no nos tenemos que preocupar.

Mi amigo guarda el teléfono en el bolsillo y se encoge de hombros.

¿Escolta? ¿Salvoconducto? Podría haber hecho todos esos trámites en los días anteriores. Esto me parece de todo menos profesional, y lo cierto es que Usama nunca ha trabajado con periodistas dentro de Siria.

Toca esperar. No queda otra. Nos sentamos cerca de un camino polvoriento. El calor es asfixiante. Me muero de sed. No tenemos agua. Tomo mi cabeza entre mis manos. Esperar. Esperar. Esperar. No recuerdo todo el tiempo que he perdido en Siria esperando a que mis enlaces vengan a recogerme. En cuatro años aún no he dado con ninguno puntual.

—*Salam Aleikum!* —nos saluda un hombre de espesa barba y bigote afeitado, prueba irrefutable de su religiosidad, con uniforme militar de camuflaje y pistola al cinto.

—*Aleikum Salam!* —respondemos llevándonos la mano al corazón antes de estrechársela.

Escruto al soldado. Aparenta cuarenta años, aunque tal vez sea más joven. En Siria todos parecen mayores de lo que realmente son. La guerra, el tabaco y el café ponen años sin piedad. No lleva insignias ni bandera. Nos mira con indiferencia, pero con respeto.

—¿Sois los periodistas? —pregunta al fin después de un silencio breve pero eterno.

Asiento con la cabeza al tiempo que resoplo de puro nerviosismo. Sabe quiénes somos. Es un paso, aunque en un lugar como este no puedes, o al menos no debes, fiarte de nadie. Por un puñado de dólares, son capaces de vender a su propia madre. Y en su situación, ¿quién no estaría tentado de vender a tres incautos occidentales a alguna de las facciones que operan por esa zona? Un negocio redondo con riesgo mínimo.

—¿Nos vamos? —quiere saber mientras mira las tres bolsas y el escaso equipo que traemos.

—¿Eres amigo de Usama? —le pregunto.

—¿Quién es Usama? —inquiere sin que le tiemble la voz.

¿Cómo que quién es Usama? ¡De puta madre! ¡Vamos de mal en peor! Aparece un tipo con uniforme militar que supuestamente viene de parte de nuestro contacto y no sabe quién es nuestro contacto. Esto no ocurre ni en las películas de los hermanos Marx ni en la guerra de Gila: «¿Es el enemigo? Pues que se ponga...».

—Ahora es cuando nos secuestran —dice uno de mis compañeros tratando de quitarle un poco de hierro al asunto.

—¿Hablas inglés? —pregunto obviando el comentario de mi amigo.

—No.

Mi árabe de cincuenta palabras desde luego no da para mantener una conversación con este hombre. Estamos jodidos. Imagino que el tipo se está dando cuenta de nuestra preocupación mal disimulada. No podemos dar marcha atrás y volver a Turquía ni quedarnos aquí de pie esperando. No tenemos muchas más opciones, así que nos despedimos de los niños y seguimos al hombre con pantalones de camuflaje hacia su coche. Sin saber quién es, sin preguntar, sin idea de adónde nos dirigimos, como un rebaño de ovejas sigue a su pastor.

USAMA

El hombre arranca la marcha. En el camino, en mitad de una llanura en algún lugar en la provincia de Idlib, saluda por la ventanilla a un soldado, Kalashnikov en ristre, sentado en una silla, embozado en un pasamontañas de color negro. Tras él, ondea la bandera del Estado Islámico.

—Este tipo es de Dáesh —comenta nuestro nuevo cicero—ne al volante de un viejo sedán color negro.

La sola mención a los acólitos del califato produce pavor. Ese atuendo me recuerda al que llevaba John el Yihadista cuando ejecutó a mi amigo James Foley en agosto de 2014. Trago saliva. Miro al conductor y, por el espejo retrovisor, observo cómo la figura del sujeto se va haciendo cada vez más pequeña a medida que el coche se aleja. Caer en manos de esa panda de tarados es sacar un billete al mismo infierno. Torturas. Palizas. Una muerte segura rodada al más puro estilo de Hollywood.

Sin duda la bandera tiene el logotipo del grupo liderado por Abu Bakr Al-Baghdadi. Pero ¡no puede ser! ¡Imposible! Estamos en la provincia de Idlib, bastión de Al-Nusra en Siria, y los yihadistas afines a Al Qaeda están en guerra contra Dáesh. Antes de venir he chequeado todos mis contactos y me han asegurado que el Estado Islámico no está en esta región. No creo que me hayan mentido, pero ver ese trapo negro acelera mi corazón.

—¿Estado Islámico? ¿Dáesh? —pregunto acojonado sin estar seguro de querer obtener respuesta.

—¡No! —ríe—. Ejército libre. Aquí a los de Dáesh los matamos —afirma mientras se pasa el dedo anular por la garganta por si acaso no le entendemos.

Esa respuesta no me tranquiliza en exceso. Para los sirios todos los grupos que combaten contra el régimen autocrático de Al Assad son ejército libre. En esa amalgama y popurrí de grupos, cada uno hijo de su padre y de su madre, incluyen, entre otros, a Al Qaeda.

Según vamos atravesando puestos de control, nos encontramos con más y más soldados vestidos con la indumentaria afgana de múltiples colores, y, junto a ellos, las banderas negras. Su moda, al menos en lo que a vestimenta se refiere, está calando hondo entre los grupos que combaten a Al Assad. Es casi viral. Los civiles, por su parte, también están orgullosos de mostrar los símbolos del contrario en el capó de los coches o en los frontales de sus motocicletas. Cuanto más nos adentramos en Siria, más me percató de lo que ha cambiado el país desde mi último viaje a Alepo, en junio de 2014.

Sin intercambiar muchas palabras —mi árabe no da para muchas florituras—, llegamos a una casa abandonada en un pueblo perdido en las montañas de Idlib. Es una localidad fantasma. Quizá por el Ramadán o por el intenso calor. Tal vez por los combates en la cercana localidad de Yisr al-Shugur —recientemente liberada por los milicianos de Al Qaeda— o por los intermitentes bombardeos del régimen contra poblaciones cercanas. Puede que por una mezcla de todo, pero lo cierto es que no hay ni un alma en las calles. Tan solo gatos callejeros dormitando a la sombra de los edificios o rebuscando en la basura algo para combatir el hambre.

El hombre que nos ha traído hasta aquí hace una llamada telefónica mientras me mira sonriente. Acto seguido, tres personas salen de una casa próxima. Dos son jóvenes; el tercero es algo mayor. Nuestro conductor se baja del coche y los saluda efusivamente. Nos hace un gesto para que bajemos también del vehículo. Hacemos lo propio e intercambiamos saludos. Uno de ellos se adelanta y nos abre la cancela metálica que da acceso a la casa. Se trata de una vivienda modesta, típica del norte de Siria. Consta de un par de habitaciones y un baño. Resulta evidente que hace años que aquí no vive nadie. No solo por el polvo que se acumula en el suelo, sino por los muchos enseres apilados en la habitación del fondo. La cama de matrimonio está llena de cajas, mantas, ropa,

cosas que nadie se molestó en recoger antes de salir corriendo. Debían ser agricultores, ya que la entrada principal está llena de maquinaria agrícola, aperos de labranza y barriles de gasolina.

Nos conducen a una de las habitaciones. Es pequeña y tiene la ventana enrejada. Hay varios colchones en la estancia. Dos contra la pared y otro en el suelo. El hombre toma el ejemplar del Corán que está apoyado en uno de ellos, lo besa y lo guarda en una funda de ganchillo hecha a mano.

—Usama está en camino. Dormid un poco —nos sugiere uno de los dos muchachos más jóvenes haciendo gestos con las manos.

El conductor me estrecha la mano con fuerza para despedirse. Los otros tres también se marchan y nos dejan solos en el interior de la casa. Han cerrado la puerta exterior con llave. No hay forma de salir de aquí. No quiero ser paranoico, pero esta situación no me gusta. La puerta trancada y las ventanas con barrotes. Y Usama, ese al que todos conocían y nombraban para tranquilizarnos, sin aparecer.

No puedo dormir, de modo que empiezo a husmear por la casa. La habitación grande es un ejemplo claro de lo que las personas somos capaces de acumular durante años y que, a la hora de la verdad, no necesitamos para nada. La familia que vivía aquí cogió lo imprescindible antes de huir lejos de los bombardeos. Algunas fotografías, pocas, están colocadas en el espejo de la habitación, muy al estilo sirio. Voy hasta la cocina. Platos amontonados y sin lavar en la pila y una nevera apesadumada en la que prácticamente no hay nada más que una bolsa de dátiles, varias latas y comida podrida.

Como un par de dátiles tras comprobar que están en buen estado y que el moho no campa por ellos a sus anchas. Me parece genial que los musulmanes guarden ayuno durante el Ramadán, pero yo tengo un hambre atroz. Tiro los huesos por la ventana para deshacerme de las pruebas del delito. No

se ve nadie en la calle. Regreso a la que es nuestra habitación y compruebo que mis dos compañeros duermen profundamente. Como no hay nada mejor que hacer, los imito.

Me despierta de forma súbita el motor de un coche. Al apagarse oigo varias voces masculinas. Un portazo. Ruido de pasos. Los hombres golpean con fuerza la puerta metálica de la casa. Miro a mis compañeros, que dan un respingo, tan sorprendidos o asustados como yo. Me levanto y camino hacia la entrada. El corazón me late a mil por hora. Miro hacia el exterior por entre los barrotes de la cancela y veo a varios tipos con vestimenta civil. No reconozco sus caras. De pronto, del interior de la furgoneta sale una última persona.

—¡Usama! —exclamo—. ¡Joder, Usama! ¡Eres tú! —grito.

Cuando el hombre mayor abre la puerta, me abalanzo sobre él para abrazarle y darle tres besos, como es costumbre en Siria. Nunca me he alegrado tanto de ver a alguien. Ha cumplido su palabra. Aquí está este cabronazo. Nos presenta a sus acompañantes como amigos de la infancia. Los saludo mientras los miro incrédulo. ¿Una panda de treintañeros, vestidos de civiles y totalmente desarmados son los que nos van a escoltar hasta Alepo? ¿Va a sacar esta gente la cara por nosotros cuando nos detengan en un puesto de control de Al-Nusra? ¿Son ellos los que nos van a proteger de Dáesh? ¿Con palabrotas o cortes de manga?

Aparco las muchas preguntas que vienen a mi mente. Lo importante ahora es que Usama está aquí para cumplir lo prometido, aunque no haya ni rastro de la escolta armada.

—Nos vamos. No podemos llegar de noche a Alepo. Los caminos son muy peligrosos —comenta Usama para apremiar a mis dos amigos, después de saludarlos—. Nos han detenido en varias ocasiones de camino aquí. Tenéis que pasar por sirios. Antonio, quítate las pulseras y escóndelas en tu mochila —me ordena.

Soy muy supersticioso, lo reconozco. Me molesta la idea de desprenderme de mis pulseras, hechas a mano por mi madre. Pero hago caso a nuestro traductor, lo que en periodismo se conoce como *fixer* porque está en juego nuestra seguridad.

—He pensado que lo mejor para pasar desapercibidos es viajar en esta furgoneta y hacernos pasar por un autobús que cubre la ruta entre las ciudades de Idlib y Aleppo —nos comenta mientras tomamos asiento en el interior del vehículo—. Mis amigos irán en los asientos delanteros —explica—. Si nos encontramos con retenes de Al-Nusra por la carretera, será más fácil que nos dejen continuar sin detenernos si los ven a ellos sentados delante. Si os vieran a vosotros, tendríamos un problema. No hagáis fotos. No saquéis las cámaras en todo el trayecto. Y si nos paran, no habléis. Dejadme a mí.

—Si nos paran, ¿qué hacemos? —pregunto.

—Si eso ocurre, tenemos esto —contesta Usama mientras saca un papel del interior de su cartera. Me muestra un trozo de papel escrito a mano en árabe. Solo consigo entender nuestros tres nombres, nuestros números de pasaporte y el sello de Ahrar al-Sham plasmado en la parte inferior—. Es un salvoconducto firmado por Abu Usama al-Shami, líder militar de Ahrar al-Sham en la ciudad de Aleppo —asegura mientras recoge el documento y lo vuelve a poner a buen recaudo—. Estáis bajo la protección del grupo y nadie os pondrá la mano encima. Son aliados de Al-Nusra y los otros grupos rebeldes les tienen un gran respeto. Creedme, nadie os hará absolutamente nada —repito al ver mi cara de desconfianza.

—¿Seguro? —insisto.

—Antonio, tranquilo. Estáis en buenas manos. Conmigo no os va a pasar nada. Confía en mí. Yo no vendo periodistas —sentencia recostándose sobre su asiento.

Sin más, se coloca los auriculares para escuchar música y cierra los ojos. Yo suspiro y trato de calmarme. En total, somos ocho personas. Corremos las cortinas para tapar las lunas.

Iniciamos el viaje. De vez en cuando, me atrevo a mirar por la ventanilla para ver el paisaje de tonos dorados y anaranjados.

Ya no hay vuelta atrás. Nuestro destino nos espera tras la siguiente curva.

Divisamos Alepo cuando ya ha caído la tarde. La silueta de la que fue el motor económico de Siria, la segunda ciudad más importante del país después de la capital, Damasco, ha cambiado desde mi última visita en mayo de 2014.

—¡Alepo! —grita Usama señalando el *skyline* de la ciudad.

Su tono de voz denota alegría. Hemos conseguido sortear varios puestos de control del Frente Al-Nusra. Nadie nos ha dado el alto en todo el camino. Increíble. Usama y sus amigos lo celebran. Nosotros también, aunque sin muchos aspavientos. Hemos logrado llegar. Ahora tenemos que aguantar dos semanas y luego salir de Siria.

Las bombas de barril lanzadas por la aviación de Bachar Al Assad han convertido en polvo y escombros centenares de edificios. No hay vivienda, bloque de pisos, tienda o inmueble de oficinas que no se haya visto afectado por las ondas expansivas de las bombas o por la metralla. Cerca del 70 por ciento de los edificios presentan daños. Aun así, hay vida en las calles. Supongo que la gente se acaba acostumbrando a vivir en una ciudad en guerra, aunque parezca inconcebible.

La furgoneta enfila una de las principales arterias de la ciudad. Es Ramadán y al caer el sol la gente comienza a dejarse ver. Vendedores de kebab, la carne a la brasa típica de los países árabes, inundan la vía de humo. Los generadores rugen con fuerza. Tímidas bombillas de colores empiezan a encenderse. La ciudad regresa a la vida.

—Durante todo el día los civiles permanecen en sus casas debido al calor. Aprovechan esta hora para salir a comprar comida y romper el ayuno —comenta Usama—. El régimen lo

sabe y es cuando intensifica sus bombardeos sobre la ciudad. Por la mañana también castigan. Aprovechan los momentos en los que la gente sale a la calle para matar a cuantos más mejor —sentencia con resignación.

En Alepo los civiles sufren el peor castigo. Como en todas las guerras del siglo XXI, se llevan la peor parte. Primero fueron los bombardeos contra panaderías, hospitales y mercados. Ahora los barriles de TNT, capaces de hundir edificios de hasta ocho plantas. Mañana serán cortes en el suministro de agua. Y así hasta que no quede nadie en la ciudad. Al Assad ha hecho suya la mítica frase del emperador romano Calígula: «Que me odien con tal de que me teman».

Los rebeldes no son mucho mejores. Usan a los civiles como escudos humanos con la esperanza de que así mermen los bombardeos indiscriminados sobre la ciudad, cosa que no ocurre.

La mayoría de los que aún resisten lo hacen porque no tienen otra opción. Huir hacia Turquía cuesta dinero. Una vez allí, irán a un campo de refugiados junto con miles de personas. Las condiciones son horribles, sobre todo en invierno, cuando se alcanzan temperaturas bajo cero. Otros prefieren embarcarse en endebles pateras y tratar de llegar a las costas de Grecia y de allí, caminando, hasta Europa central. Los que deciden quedarse en Siria lo hacen a sabiendas de que todos los días se juegan la vida. Cada día cuenta y mañana puede ser el último.

Sea cual sea su decisión final, su vida está en juego. Desde el inicio de la guerra siempre me ha sorprendido la dignidad de este pueblo.

En la ciudad, sin embargo, yo me siento seguro. O al menos eso me hago creer. Sé que a menos de cinco kilómetros, en la zona industrial, está el Estado Islámico y que hay otros muchos grupos de corte yihadista que se han subido al carro de los secuestros para sacar tajada. Sé que cientos de ojos nos

observan y que cualquiera, con una simple llamada de teléfono, nos podría vender. En este momento solo pienso en que he conseguido llegar sano y salvo. Es una falsa tranquilidad, pero a mí me sirve.

Llegamos al barrio de Sayf Al-Dawla, en el este de la ciudad. Lo conozco bien. He pasado gran parte de la guerra aquí; es como mi segundo hogar. Casi no soy capaz de reconocerlo. Está machacado por la aviación. Ya no está el colegio de la esquina en cuyo patio oía jugar a los niños cada mañana. Tampoco la tienda de pollos asados donde compré la cena de Navidad en 2012. Como casi todos los comercios, cerró.

Quedan pocos vecinos. La mayoría son soldados rebeldes que han ocupado casas vacías. Entran en las viviendas de las personas que huyen prácticamente con lo puesto, y se apropian de ellas. En algunas ocasiones, pocas, algunos civiles vuelven y se encuentran con guerrilleros campando por el salón de su casa. Algunos se marchan sin rechistar; otros se encaran con los soldados y se van con las manos vacías y la cara del revés.

Vuelven porque saben que vivir cerca de primera línea tiene inconvenientes, pero también ventajas. Siempre estás a tiro de la mira telescópica de un francotirador, pero no hay posibilidad de sufrir ataques aéreos porque las tropas del régimen están demasiado cerca.

Usama nos ha provisto de un piso en los bajos de un edificio resguardado de primera línea de combate. Según nos dice, la casa es propiedad de su tío. Tiene luz y agua corriente durante las tres horas al día que funciona el generador. Hace años que la ciudad sufre escasez de luz eléctrica y los civiles pasan más tiempo a oscuras que iluminados. Este lugar va a convertirse en nuestra base de operaciones. Desde aquí trabajaremos y enviaremos nuestras crónicas a los medios con los que hemos apalabrado los reportajes.

Una vez instalados, Usama se despide de nosotros. Quedamos en vernos a primera hora del día siguiente para empezar a trabajar. Tengo ganas de hacer periodismo, de hablar con la gente, de sentir, de oler, de observar, de poner todos los sentidos en mi trabajo.

Me tumbo en la cama. Estoy cansado. Los viajes me agotan en general, pero este ha sido particularmente intenso. Puedo oír el ruido de los aviones que sobrevuelan la ciudad. También el de las ametralladoras que escupen muerte sin parar. ¿Por qué siempre combaten por la noche? ¿Es más fácil matar cuando no ves lo que tienes enfrente? Cierro los ojos y duermo.

ABU HAMZA

Tal y como habíamos acordado, en la mañana nos encontramos. La brisa matutina barre el polvo acumulado en las avenidas. Los constantes bombardeos han convertido la ciudad en una inmensa polvareda que lo inunda absolutamente todo.

Al avanzar por las avenidas, pueden verse banderines con el anagrama del Estado Islámico. Deben llevar tiempo porque están ya raídos por las inclemencias meteorológicas. Sin embargo, nadie se ha preocupado de descolgarlos, quizá porque esperan el regreso de los milicianos o tal vez porque no quieren olvidar que estuvieron y los expulsaron.

Entre sombras comienzan a aparecer docenas de mujeres ataviadas de negro que recorren las calles. Van en busca de algo de pan. Son las viudas de Alepo. Mujeres que han perdido a sus maridos, hermanos o hijos durante la guerra y que no tienen más opción que acudir a la caridad para llevarse algo a la boca.

En Alepo no hay gente que muera de inanición. Siria dista mucho de ser África. Pero hay necesidad, mucha necesidad. Llevo años cubriendo esta guerra y no recuerdo a los sirios

tan al límite. La contienda se alarga y los civiles empiezan a encontrarse entre la espada y la pared.

—¡Por favor, necesito pan para alimentar a mis hijos! —exclama una mujer mayor que oculta su cuerpo tras una larga túnica negra. Alarga la mano para pedir limosna o comida. Hace gestos implorando algo para alimentarse. Sus ojos acuosos delatan su desesperación. Su marido murió combatiendo. No cobra pensión alguna y tiene a su cargo a siete hijos y un nieto, el hijo de su hija mayor, también viuda. He perdido la cuenta de todas las vidas que he visto segadas por esta maldita guerra.

Usama la toma por el brazo y la acompaña hasta una pequeña oficina situada en el barrio de Sukkari. Allí una veintena de mujeres hacen cola en silencio con la cabeza gacha. Aguardan su turno estoicamente para que, a través de una ventana, les den una bolsa con nueve obleas de pan, totalmente gratuito siempre y cuando presenten la cartilla que las acredita como viudas.

Aquí conocemos a Abu Hamza, amigo de la infancia de Usama. Es uno de los encargados de llevar cada mañana los víveres para el reparto. Desde el principio, este sirio de espesa barba negra y eterna sonrisa se muestra muy afable con nosotros. No debe tener más de veinticinco años y es padre de una niña, de nombre Mariam. Ha dejado de combatir para unirse a una ONG saudí que ayuda a los más necesitados. Se ofrece a ayudarnos con los reportajes. Tiene contactos y un coche para movernos. Esto es importante. Ir caminando por la ciudad es un suicidio y no nos apetece perder tiempo regateando con los taxistas. Además, en caso de tener que salir corriendo, un coche puede ser vital. Usama nos había prometido que un vehículo nos iba a esperar en la puerta cada mañana, pero lo cierto es que no tenemos coche, de modo que Abu Hamza, con su viejo camión, se nos presenta como la mejor opción.

—¡Bachaaaarrrr! ¡Bachaaarrr, yo te maldigo! —grita un hombre desesperado mientras mira al cielo en busca de una estela.

Gente que grita, gente que corre, dolor, desesperación, muerte. Un avión del régimen acaba de lanzar un barril explosivo que ha hundido un edificio de viviendas. Los voluntarios, con sus inconfundibles cascos blancos, se afanan en buscar supervivientes bajo los escombros. Rescatan vidas de las mismas garras de la muerte.

Este es el pan de cada día. Aviones que sobrevuelan la ciudad. Bombas que caen al tuntún sobre la población civil. Echo un rápido vistazo a mi alrededor hasta toparme con ella. Me recuerda un pasaje de *El Jardinero fiel* de John le Carré, el libro que leía antes de venir. «Era la única que no lloraba. Mantenía el semblante expresivo que los occidentales confunden con hosquedad o indiferencia, pero no era ni lo uno ni lo otro. Era familiaridad. En esto consiste la vida. Esto es dolor y odio y gente asesinada...»

Su semblante es pétreo. Busca a su hijo bajo los escombros. Su marido sí se lleva las manos al rostro para enjugarse las lágrimas. Ella no. No articula gesto alguno. Decidimos no detenernos en su drama y continuamos nuestro camino. Hay mucho que hacer antes de ir a casa de Abu Hamza para romper el ayuno con él y su familia.

A las ocho de la tarde el muecín llama a la oración. Se acaba el ayuno del Ramadán por lo menos durante unas horas. Abu Hamza prepara comida: pollo, cordero, hígado asado, patatas y berenjenas fritas. Un banquete de reyes acompañado de toda clase de bebidas gaseosas. Los sirios siempre agasajan a sus invitados, aunque al día siguiente tengan que pasar hambre por no tener nada que llevarse a la boca.

Nos sentamos alrededor de una mesa de cristal y, tras dar gracias a Alá por los alimentos, comenzamos a cenar. Abu Hamza y Usama recuerdan sus tiempos en el colegio. Hablan distendidamente y de vez en cuando nos hacen partícipes de

sus confidencias. El otrora guerrero rebelde busca una foto antigua donde posa en plan galán de telenovela venezolana con pelo engominado y cara rasurada sobre fondo de flores y un horroroso campo verde. Muy al gusto de los sirios. Un joven normal y corriente al que la guerra cercenó el futuro, los sueños y las ilusiones.

En la sobremesa, ya en la terraza, continúan los agasajos. Pipas de girasol y calabaza, té e incluso un narguile, la pipa de agua árabe. La casa no es nada modesta para ser de un sirio de clase baja, como él mismo se califica.

La calle está prácticamente desierta. Solo quedan los vendedores de comida y algunos jóvenes que van hacia los cibercafés en busca de conexión a internet y de pasar un par de horas entre sus iguales. Fuman. Chatean. Beben té. En definitiva, ven pasar la vida.

Es noche cerrada. A lo lejos se distinguen los fogonazos de los combates. Se oye alguna que otra explosión de los barriles de TNT que caen a plomo. Abu Hamza entra en la casa y aparece junto a su hija. La pequeña Mariam nos observaba entre tímida y divertida, curiosa y asustada. No dudo ni un segundo y la tomo en mis brazos. Me encantan los críos. Yo no debo encantarle a ella porque inmediatamente rompe a llorar. El sirio le hace monerías para que se calme hasta que da la batalla por perdida y se la devuelve a su madre.

La mujer de Abu Hamza está dentro de la casa. Ha pasado todo el tiempo en otra habitación, escondida de nosotros. Ha comido aparte. No podrá salir hasta que nos marchemos. No me sorprende. Los sirios son muy conservadores. Ningún hombre que no sea de su familia puede ver a su mujer. Ni siquiera sus propios amigos.

Una de las cosas que más me sorprendieron de Alepo la primera vez que vine fueron los toldos que cubren el perímetro de las terrazas. Su función no es proteger del sol, sino que las mujeres puedan salir al balcón sin que nadie las vea. Es una

falacia eso de que los sirios son una sociedad laica. Puede que, en ciudades como Damasco, donde hay muchos cristianos y alauitas, confesión religiosa a la que pertenece Al Assad, sean más abiertos, pero en el resto del país se impone una tendencia conservadora que llega a alcanzar límites insospechados. Recuerdo un desayuno en una casa de Taftanaz, un pueblo de la provincia de Idlib, en que las mujeres tuvieron que conformarse con las sobras que dejamos.

—¿Os puedo hacer una foto? —pregunta nuestro anfitrión con amabilidad, móvil en mano.

—Claro, siempre y cuando no la subas a las redes sociales —respondo.

Ayer Usama hizo una foto en la furgoneta y cometió la imprudencia de colgarla en Facebook para que todo el mundo pudiera verla. Le gusta presumir de acompañar a tres periodistas extranjeros. Ese acto revela su poca profesionalidad. A nadie en su sano juicio se le ocurriría hacer una fotografía y subirla a las redes sociales para que se sepa que estamos en Siria. Tratamos de mantener un perfil bajo y de no llamar la atención, y lo primero que hizo fue subir una foto nuestra a Facebook. Puso una diana sobre nuestras cabezas al alertar a todo el mundo. Le pedí, en varias ocasiones, que la borrara. Me juró que lo había hecho.

—Tranquilo, es para mí —asegura Abu Hamza.

—Entonces sí, claro que puedes hacerte una foto con nosotros —le digo, y le indico con la mano que se acerque.

—No, no. La foto solo es de vosotros tres —nos dice.

—Pero no la vas a subir a Facebook, ¿verdad?

—No.

Nos acercamos los tres; posamos sonrientes y esperamos a que salte el *flash*. ¡Listo! Sonríe mientras nos enseña la instantánea. ¡Muy guapos! Todos contentos, seguimos a lo nuestro, que no es otra cosa que comer pipas y fumar.

—Mañana Abu Hamza vendrá a buscarnos en un coche más discreto para que nos podamos mover por la ciudad vieja

de Alepo —nos comenta Usama mientras recorremos las calles desiertas—. Es un buen tipo. Lo conozco desde hace años. Me ha dicho que el dinero no es un problema. Que nos quiere ayudar a cambio de que le paguemos la gasolina.

¿El dinero no es problema? Es la típica frase de los sirios. Me la han repetido por activa y por pasiva durante los últimos cuatro años. «Soy un buen musulmán y no me interesa el dinero», me dijo recientemente el bueno de Usama. Ninguno quiere dinero, pero al final todos acaban poniendo la mano para que aflojes.

—¿Te fías de él? —pregunto algo desconfiado.

—Sí, claro. Es mi amigo.

¿Eso es garantía suficiente? Posiblemente no, pero no nos queda otra.

Miro a Usama de reajo. Parece un niño que disfruta con todo esto. Para él no es más que un juego; un chute de adrenalina; algo para presumir con los colegas *a posteriori*. No es consciente de que nosotros arriesgamos la vida. Es posible que, si a él lo pillan, lo liberen a los pocos días. Pero a nosotros no. Literalmente, nos jugamos la cabeza.

Antes de dar por terminada la noche, tenemos que hacer una última parada. El líder de Ahrar al-Sham nos quiere conocer. Usama nos guía hasta el cuartel de este grupo rebelde, situado en el este de la ciudad.

—¿Cristianos? —pregunta Abu Usama al-Shami mientras nos mira fijamente.

—Sí —afirmo después de dar un sorbito al humeante té que nos ha servido uno de sus hombres antes de dejarnos a solas con él en su oficina.

—¿No os queréis convertir al islam? Es una buena religión. Parecéis buenas personas y quiero lo mejor para vosotros —comenta sonriendo—. Yo soy musulmán y por eso me gustaría que vosotros también lo fueseis. Lo bueno que tengo yo se lo deseo a los demás...